

**Discurso pronunciado por el Dr. Pablo Miguel Miquet**  
**en el Aula Magna del Colegio Nacional de Buenos Aires, el 26 de Octubre**  
**de 2001 en ocasión del 45º aniversario de la graduación de la Promoción**  
**1956**

Cuando Hugo Cimino me convocó telefónicamente para dirigir unas palabras a mis condiscípulos en ocasión de cumplirse los cuarenta- y cinco años de nuestra promoción, mi primera reacción fue la negación, pues me sobrecogió una mezcla de sorpresa y cohibición, ante la posibilidad de hablar en un ámbito histórico como es el Aula Magna del Colegio, catedral del saber que, como dijo hace poco Horacio Sanguinetti, contribuyó a formar a la mayoría de nuestros próceres patrios, exceptuando algunos que por azarosas razones no lo pudieron hacer, como San Martín y Sarmiento.

Por otra parte, justamente este Aula Magna sirvió de estrado para egregias figuras salidas de los propios claustros que desarrollaron en ella brillantes discursos, valiendo como ejemplo las medulosas palabras que nuestro inolvidable Marco Denevi pronunció en este mismo sitio poco antes de su muerte.

Como último argumento, aduje que en nuestra promoción había figuras más conocidas e importantes que yo, y que sería conveniente convocar a alguna de ellas, y no a mí.

Pero todo fue inútil. Hugo, con la mansa y tesonera tenacidad que lo caracteriza, y que lo asimila a la hormiga citada por Eduardo Mallea, que intenta tozudamente llevar su carga a destino, y luego de incontables fracasos al fin lo logra, derribó todas mis defensas y, ante el hecho consumado, opté por aceptar su pedido.

Frente al "fait accompli", se me plantearon dos opciones: una, desarrollar un discurso formal, clásico, tradicional, solemne, ceremonioso, estructurado según las leyes de la oratoria, el cual por supuesto debería estar escrito y ser leído (y yo soy pésimo para leer en público), y la otra, esbozar un esquema previo básico para, desde él, intentar una charla informal, coloquial, "décontractée", una especie de conversación con mis antiguos compañeros, una suerte de monólogo dialogado entre mis palabras y las expresiones de mis condiscípulos (con los que si bien no me separan los "cien años de soledad" de García Márquez, sí lo hacen casi cincuenta años de alejamiento y desconexión).

Aunque como versificó Neruda, "nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos", intentaré recomponer los añejos contactos hablando pues, tal cual menciona Octavio Paz, "las palabras son puentes", y procuraré reconstruirlos conjuntamente con

ustedes.

Una vez elegida la segunda opción, decidí comenzar mi charla planteándome, y planteándonos, ante todo una pregunta: ¿Qué nos trae ahora, esta noche, a reunimos aquí? Yo creo que nos trae algo más que la nostalgia, que nos convoca algo más que la memoria, que nos acerca algo más que los recuerdos, a los que hay que cuidar mucho, según Bioy Casares, pues son la vida de cada uno.

No venimos, pues, a una “recherche du temps perdu” proustiana, ni tampoco a escarbar en el pasado para desenterrar y rescatar alguna osamenta semifosilizada de nuestra adolescencia, a la cual debemos sin embargo conservar en el bolsillo, de acuerdo a las palabras de Piaget, pues el que no la lleve, muere.

Lo que verdaderamente nos trae es un sentido de pertenencia, una especie de virosis crónica contra la cual no quisimos inmunizarnos y de la cual no queremos curarnos que yo denominé SIBA (Síndrome de Intradependencia del Buenos Aires); lo que realmente nos acerca es un “esprit de corps” que el Colegio nos ha dado. Lo que en verdad nos convoca es una “impronta” (denominación que Konrad Lorentz dio a esa particularidad que tienen, entre otras especies, los ánsares recién nacidos de asumir la filiación del primer ser vivo que ven al salir del cascarón y abrir los ojos ... y a nosotros, el Colegio nos abrió los ojos al saber, al conocer, al pensar ...) con la cual nos marcó el “Buenos Aires”, y que nos unifica dentro de la diversidad personal de cada uno de nosotros.

Buffon decía que “le style c’est l’homme”, y el Nacional Buenos Aires nos dio un estilo especial, propio, en gran parte por los profesores que seleccionaba, y parafraseando a Pérez Reverte, que dijo “yo soy yo, más los libros que he leído” (parafraseando él a su vez el “yo soy yo y mis circunstancias” orteguiano) .podría decir que “yo soy yo más los profesores que he tenido”.

La mayoría de ellos respondía directa o indirectamente al concepto de Howard Gardner de que el propósito de la educación es lograr que las personas quieran hacer lo que deben hacer (deseo aclarar que la inclusión reiterada de citas ajenas no se debe a una “culturosa” pedantería, sino a que considero que cuando alguien ha dicho algo válido, es importante usarlo sin buscar sinonimias menos valiosas, y también considero que por respeto al autor es ineludible mencionarlo).

Nuestros docentes evidenciaban características diversas, que se aunaban para dar una imagen polifacética de lo que debe ser un maestro. En una enumeración aleatoria, posiblemente condicionada por factores personales, podríamos mencionar a Rial (pulquerrimo, impecable, con su aspecto de galán engominado de las películas de la década del '30, cuyo exquisito francés siempre envidié sanamente), a Márquez

Miranda (paradigma de la distinción y la elegancia, rayana al dandinismo, que me hizo gustar de la Historia), a Agustín de Vedia (señorial, con un aura patriarcal innegable, que parecía surgido del mármol o del bronce), a "Julito" de Vedia y Mitre (con su aire de "bon vivant" porteño regresando de alguna trasnochada fiesta), a Valmaggia (siempre equilibrado, con un innato "savoir faire" indestructible), a Cosme Lázzaro (a veces teatral, histriónico, como cuando explicó con itálico acento que antes se "crrrrreía". que las "cucarrrrrachas" nacían de los "trapos" viejos, y que logró que me gustara la Química), a "Pancho" Novoa (con su críptico humor y su impasibilidad al ejercerlo, que lo asimilaban a una versión autóctona, de Buster Keaton), a Otonello (ese "clon" local de Aldo Fabrizzi, pleno de ternura, y afabilidad, a pesar de sus eventuales reacciones coléricas), a Perona (no puedo olvidar su imagen intentando imitar el elástico paso de un felino de yeso que debíamos dibujar), a Ivar Dahl (aún lo veo furibundo y exasperado, arrojando la libreta de calificaciones cuando un compañero, cuyo nombre recuerdo y leyó en voz alta; "yesterdái uás sundái", ofendiendo su shakespereano inglés que también envidié sanamente, como al francés de Rial), a Ronchi March (cuya erudición aún gozamos eventualmente los lectores de un periódico matutino, cuando corrige las "gaffes" etimológicas greco-latinas de un conocido comunicador social famoso por sus "sanatas" pseudo-eruditas que forzaron a algunos ex alumnos de otra promoción a inventar un neologismo verbal derivado del apellido de ese abogado - periodista, para denominar a ese tipo de "chantadas" lingüísticas) ... Ellos, y muchos otros que sería largo mencionar, nos dieron una cultura muy especial (y recordemos que se dice que cultura, es lo que queda cuando uno se olvida de lo que ha aprendido) y también nos dieron erudición, que al decir de Lezama Lima no es sinónimo de cultura: nos dieron, pues, cultura y erudición.

Pidiendo disculpas por personalizar tal vez demasiado, comentaré que resido por mi profesión de veterinario rural en Venado Tuerto desde hace casi cuatro décadas, ciudad distante de Buenos Aires por aproximadamente cuatrocientos kilómetros, y como todas las localidades del interior, afable y solidaria. Desde hace ya bastante tiempo, integro el Rotary Club de Venado, al cual hace algunos años ingresó un joven médico como nuevo socio, ,junto al cual me correspondió sentarme en cierta ocasión, durante la cual descubrimos afinidades y conceptos bastante coincidentes, más allá de las lógicas diferencias personales. Cuando semanas después volvimos a compartir la mesa se develó el motivo de dichas coincidencias: ambos éramos ex alumnos del Colegio, y compartíamos ese ADN espiritual, actitudinal, esa "impronta" lorentziana que el Buenos Aires (sin caer en la pedantería al decirlo) deja en todos los que pasamos por sus aulas.

Corno simpático, por lo menos para mí, comentario anecdótico, les contaré que a. mis alumnos del colegio agrotécnico en el cual desarrollo mis clases suelo mencionarles algunas de las frases latinas que aprendimos durante nuestro paso por estos claustros (tal vez como tardío homenaje a "Pancho" Novoa, que en tercer año me convenció de ser un buen alumno y no el representante de la vagancia estudiantil como era. hasta ese entonces, lo que me llevó incluso a conformar un dúo en el cuadro de honor con "Gino" Altieri: él, con un promedio general muy por arriba del nueve, y yo, con uno apenas por encima del siete mínimamente aceptado, pues el resto del curso se llevó a examen Historia, en las temibles y terroríficas manos de Gabriel Puente ... mis padres casi se infartan al unísono, y yo luego proseguí por la buena senda colegial), frases tales como: "asinus asinum fricat", "quosque tandem", "oderint dum metuant", "aquila non capit muscas", "quod licet lovi non licet bovi", y tantas otras que debimos memorizar. Una tarde, trabajando con hacienda, en los corrales, y oculto yo por los Bretes, escuché una conversación entre un alumno nuevo y otro ya "veterano" refiriéndose el primero a un tema ocasional, concluye diciendo; "... y es como tirar margaritas a los chanchos", lo que fue inmediatamente corregido por el otro que le dijo: "B ... do, se dice perlas. no margaritas" y, ante un requerimiento del primero, le aclaró: "El "Chivo", que estudió latín en el colegio Buenos Aires, dice que en latín "margaritas" se traduce como "perlas" (se refería, por supuesto, al "margaritas ante porcos" que, en "broma, suelo enjaretarles cuando "pavean durante la clase) ... Ese nimio detalle me hizo sentir, sin embargo, como que mínimamente había transferido algo de lo mucho que me ha brindado nuestro Colegio.

Como postrer comentario, confieso que discrepo en algo con mi admirado Marco Denevi. Él dijo en este mismo ámbito que ser bachiller del Colegio Nacional Buenos Aires no es orgullo, es agradecimiento. Pero yo, posiblemente menos sublime y más próximo a las flaquezas humanas que Marco, siento un inefable agradecimiento, pero también un indescriptible orgullo por haber transitado por estas aulas, imborrables en mi memoria y, como expresó Miguel Cané, "bendigo mis años de Colegio".

("A posteriori", a pedido de Hugo Cimino, que no pudo estar presente por razones de salud, leí mi soneto "Confesión íntima al Buenos Aires", que había sido presentado, sin suerte alguna, en el concurso organizado por la. Asociación).